

En casa de los abuelos hay un fantasma

Eulàlia Canal

Aquella noche me iba a dormir con mis abuelos. «En la casa de los abuelos hay un fantasma terrible», me repetía una y otra vez Pol. No quería creerle, porque mi hermano siempre anda molestándome, nunca sé cómo responderle. Él siempre encuentra las palabras justas y yo no.

Preparé la mochila: mi pijama de brujas y escobas, el cepillo de dientes con olor a nata y Coco, mi cocodrilo de peluche.

Cuando llegué, el abuelo Vicenç estaba sentado en el sofá con cara de pocos amigos.

La abuela Claudina me dijo que no le hiciera caso que estaba de malhumor y que cuando el abuelo estaba de malhumor era mejor no decirle nada.

—¿Qué le pasa, abuela? ¿Es por el fantasma?

—¿Fantasma, qué fantasma? —dijo la abuela, asustada.

—Pol me ha dicho que tenéis un fantasma.

La abuela se rió:

—Te aseguro que lo que le ocurre a tu abuelo no tiene nada que ver con un fantasma.

—Entonces ¿qué es?

La abuela me miró, recapacité y finalmente dijo:

—Te lo contaré, pero no le digas que me he ido de la lengua porque todavía se enfadaría más.

—Palabra que no diré nada, abuela —prometí.

—El abuelo ha perdido jugando a cartas con Serafi —me dijo al oído—. No le gusta perder, y dice que todo el día está perdiendo.

—¿Juega todo el día cartas?

—No, pierde otras cosas. Los dientes, los cabellos, las gafas, las zapatillas...

—¿Y le dura mucho el malhumor?

—No lo sé. Las cosas no son como antes —dijo un poco triste.

—¿Cómo eran antes?

—El día que nos enamoramos sonreía —dijo la abuela suspirando.

Entonces la abuela Claudina me preparó una taza de chocolate deshecho y me explicó cómo se habían enamorado:

—Vicenç me vio subir al autobús con un vestido de cerezas, y corrió hasta atraparlo.

—¿Atrapó al autobús?

—Sí, corría mucho. Después se sentó a mi lado y me ofreció un girasol que se sacó de la oreja. Cuando sonreía se le formaban dos hoyitos en las mejillas.

La abuela pasó su mano por mis cabellos y dijo que ya era de noche y había que ir a dormir.

Me puse mi pijama de brujas y escobas y me cepillé los dientes con mi cepillo de nata. Y, acurrucada dentro de la cama con Coco, pensaba que pediría a mi madre que me comprara un vestido de cerezas y que me dejara ir sola en el autobús como la abuela. Yo también quería conocer a mi enamorado.

El sueño no llegaba y el silencio llenaba la habitación con un tintín. ¿Y si era el fantasma?

Me levanté y atravesé el pasillo como una sombra hasta la sala. La puerta estaba entreabierta... y una voz honda como un pozo recitaba:

«El casolot del pirata és un ampli girasol. Es quan plou que ballo sol Vestit d'algues or i escata».

La voz paseaba arriba y abajo y yo, temblorosa, entré en la sala.

Era el abuelo con un libro en las manos.

Me acerqué al abuelo y le toqué para que me viera.

—¡Claudina, ladrones! ¡Corre, nos atacan! —gritó el abuelo de repente.

—¡Soy yo, abuelo!

—¿Qué susto, Paula, eres tú... ¿y por qué no duermes?

—Es que había un silencio tan grande que creí que me había quedado sola.

—¿Sola? Ni hablar. Nunca nos quedamos solos. Tenemos las palabras para hacernos compañía —dijo el abuelo señalando los libros.

—¿Qué palabras? —me atreví a preguntar al ver que el abuelo ya no estaba de malhumor.

—A ver Paula, ¿cuál es tu palabra favorita?

—No lo sé, nunca lo había pensado.

—Está bien. ¿Quieres que te deje una de las mías?

—Sí, claro que sí.

—Escucha como suena: *Periscopio*.

—*Petiscopio* —intenté repetir yo.

—No, *petiscopio* no, es *peris-co-pio*.

—*Pe-ris-co-pio*.

—Muy bien, Paula, así, *periscopio*.

—*Periscopio*, ¿y qué quiere decir?

Pero el abuelo ya no me escuchaba, estaba muy lejos dentro de sus versos.

Regresé a la cama con la palabra en la boca. Acurrucada en la cama y abrazada a Coco ya no oía aquel tintín. Pronunciaba *periscopio* y veía a mi abuelo con tres libros en la cabeza recitando poemas de piratas y girasoles.

De repente vi una sombra que se paseaba detrás de la cortina. Todo estaba muy oscuro y pensé en la abuela. ¿Dónde estaba?

Volví a levantarme y atravesé el pasillo con un nudo en la garganta. De la buhardilla salía un hilo de luz. Subí las escaleras. A medida que avanzaba me envolvía un rumor de pisadas. Quizá el fantasma estaba en la buhardilla. Empujé la puerta y...

Fruncía la nariz con un pincel entre los dedos y manchas de pintura que le goteaban de los cabellos hasta los zapatos. Era la abuela.

Dentro del cuadro había una niña que sonreía. Me acerqué a la abuela y lo toqué el brazo.

—¡Vicenç! ¡Brujas! ¡Ven que nos atacan! —chilló la abuela.

—Abuela, no son brujas, es mi pijama de brujas, son de mentira y soy yo, Paula.

—¿Qué susto, Paula! Otro día llama a la puerta, por favor.

—Abuela, ¿qué haces?

—Pinto. Y tú, ¿no duermes?

—No puedo. Mi habitación está tan oscura que...

—¿Oscura? Bueno, si una cosa es oscura, hay que ponerle colores. ¿Qué colores quieres?

—No lo sé. ¿Quién es esta niña que pintas?

—¡Eres tú!

—¿Y por qué sonrío?

—Porque el pincel te hace cosquillas.

—Pues quiero los mismos colores que hay en el pincel: amarillo, naranja y lila.

La abuela me dio los tres colores dentro de una caja de cristal.

Después, ya en la cama, miraba cómo los colores se paseaban haciendo cielos, ríos y montañas. Volví a pronunciar la palabra *periscopio* y vi al abuelo dentro del cuadro de la abuela recitando el poema del girasol. El abuelo tenía los cabellos amarillos y lilas y una naranja en la oreja.

Al día siguiente el abuelo me preguntó si sabía lo que quería decir *periscopio*. Le dije que no pero que cuando pronunciaba la palabra veía cosas que no podía ver.

El abuelo sonrió y dijo:

—Exacto, lo has adivinado.

—Abuelo ¿quieres que te deje una de mis palabras preferidas?

—Claro.

—*Cosquillas*.

—¿*Cosicopias*?

—No, *cosicopias*, no. Es *cosquillas*.

—¡*Cosquillas!*, Humm, *cosqui-llas* —repetía—. *Co-si-quillas*, *corri-rrirri* —y el abuelo comenzó a reírse como si realmente le estuvieran haciendo unas cosquillas terribles.

Cuando la abuela entró y vio al abuelo riendo se puso muy contenta y dijo:

—Éste sí que es mi Vicenç.

Cuando volví a casa, Pol me preguntó por el fantasma. Le dije que no era un fantasma, que eran dos: uno que recitaba versos de piratas y otro que pintaba cuadros de cosquillas. Y añadí que eran muy muy simpáticos y que pronto volvería a visitarlos.

Aquel día Pol se quedó sin palabras.

Notas

1. J. V. Foie, *Es quan dormo que hi veig clar*.